

Recuerdos de un país que ya no existe

La identidad de los pueblos interioranos parece desvanecerse con el paso del tiempo. ¿Qué queda de las viejas tradiciones? Un viaje al Panamá profundo, el país que no miramos

HERMES SUCRE SERRANO
hsucre@prensa.com

Franklin Delano Pérez vino a Panamá después de 20 años de ausencia a pasar la Navidad. Este panameño de 65 años, residente en Nueva Jersey, Estados Unidos, luego de recorrer el país se sintió decepcionado: poco queda de lo que él recordaba con tanta emoción en el exterior. Sintió en carne propia la pérdida de las raíces y las tradiciones de los pueblos, esos valores autóctonos que le dan identidad a su gente y al país entero. Franklin se dio cuenta de que el rostro de Panamá ya es otro.

Empezó su recorrido por Antón, en las extensas llanuras de la provincia de Coclé, su tierra natal. Vio con dolor la transformación que ha sufrido la arquitectura interiorana. Las casas de quincha, con sus frescos techos y confortables portales, fueron derribadas para dar paso a los modernos chalés. Las tejas de antaño fueron reemplazadas por calurosas hojas de zinc, las celosías y las ventanas de marcos de caoba habían sido cambiadas por *bali blinds* y *Miami Window*. Los amplios ventanales quedaron reducidos a enrejados de hierro, que hacían que las casas parecieran jaulas de canarios. Las cercas coloniales, con hermosos diseños en hierro templado, pasaron a ser enormes paredones de cemento con alambres de púas e hileras de vidrios en los bordes. Donde antes se reunían los vecinos para celebrar la amistad, hoy ladran perros, suenan las alarmas o los carteles de "prohibido entrar".

A medida que Franklin Delano recorría las calles, sentía que se estaba metiendo en "Chinatown". Por todos lados había mini súper con nombres orientales y dibujos de cervezas en las paredes. Pasó por la casa de su abuela Belermina, que tenía un frente en donde los labradores amarraban los caballos. Ahora encontró una terraza con verjas "pecho de paloma" y un auto deportivo en el garaje con el dibujo de una agresiva cobra en el vidrio trasero.

Ya era casi mediodía cuando se acercó a uno de los tantos restaurantes que hay a la orilla de la carretera Interamericana. Pidió un sancocho de gallina de patio, con ñame baboso y culantro. La mesera se le quedó viendo como si Delano Pérez fuera un extraterrestre y después le respondió: "tenemos sopa de *wanton*, sopa mayor Alemán, *chow mein*, *leon pa mein*, *wanton* frito, arroz con puerco y costillitas agri dulce". Delano tragó saliva y en un segundo envió un vaso de jugo natural de naranjas de Churuquita. Le trajeron una agua amarilla azucarada con sabor a plástico.

Por la mente del afligido Franklin pasaba la película del interior que él conoció, cuando las esquelas y los anuncios de los cines eran colocados en las esquinas de los parques, en los postes de la luz y en el mercado público. Aún resonaba en sus oídos el "cacho" de los bomberos anunciando las horas, cuando los llamados a misa y las convocatorias a los funerales se hacían con la campana de la iglesia. Nunca olvidaría los documentales sobre salud que se proyectaban en las paredes de las



Una casa de las que quedan pocas. El progreso cambia el rostro del interior de Panamá.



Heraclio Quiroz George

unidades sanitarias. Las fiestas patronales, en las que los chiquillos disfrutaban de barquillos y "raspaos" en los alrededores de las barreras, mientras los hombres -picados con seco- demostraban su coraje halando los toros por el rabo.

Cuando regresó a la Interamericana observó los jorrones, en los que en un tiempo resonaba la música de Dorindo Cárdenas, convertidos en discotecas, con propaganda de rapeadores, tragos a dos por uno, desafíos de gallo a 5 dólares la entrada, y concursos de tangas. "¡Bendito sea Dios, cómo cambió el interior!", exclamó el hombre.

En defensa del patrimonio histórico

El Instituto Nacional de Cultura (INAC) promoverá una reglamentación para declarar zona de interés cultural todos los inmuebles que tengan valor histórico.

Domingo Varela, arquitecto urbanista y director de Patrimonio Histórico del INAC, admite que "estamos perdiendo nuestra arquitectura y la identidad de los pueblos".

Es una realidad que por un afán comercial se están vendiendo casas vernaculares para la construcción de centros comerciales, especialmente en ciudades como David, Santiago, Aguadulce y Penonomé.

Según él, es importante que en las tareas de conservación del patrimonio histórico participen los municipios, el Ministerio de Vivienda, la Policía Nacional, el Ministerio de

Obras Públicas, el Instituto Panameño de Turismo (IPAT).

Dijo que hay sitios que han demostrado interés por conservar la historia como Penonomé (Barrio San Antonio, el Museo de la Familia Tejeira, la casa de la familia Carles).

"No estamos en contra del progreso y la modernidad, pero el desarrollo se tiene que dar conservando lo poco que tenemos en arquitectura", añadió.

En tanto, la ministra de Vivienda, Balbina Herrera, dijo que recientemente se creó el Consejo Nacional de Urbanismo, un organismo integrado por instituciones relacionadas con la actividad, para regular todo lo referente al desarrollo de las ciudades.

Tomás Sosa, subgerente del IPAT, dijo que es una lástima que en nombre de

la llamada modernización se esté destruyendo la historia. "Es importante que las remodelaciones de los inmuebles históricos para destinarlos a hoteles, restaurantes y almohenes se hagan con respeto a sus estructuras originales, como se hace en otros países".

Sosa indicó que hay sitios como Bocas del Toro, Boquete, Pedasí, La Villa de Los Santos, Las Minas y Santo Domingo, en los que se ha logrado mucho en materia de conservación del patrimonio histórico.

Recordó a los empresarios que uno de los principales atractivos turísticos de los pueblos es su arquitectura. "El pueblo que pierde sus raíces, por lo regular también pierde el interés para los visitantes", manifestó el subgerente del IPAT.

deben ser convertidas en museos por las antigüedades que tienen en su interior como las camas, peinadoras, alacenas, muebles de caoba, molinos de café, espejos, máquinas de coser.

Es más, recuerda que hace unas cuatro décadas en la región solo había un consumidor de marihuana al que llamaban "mameluco". Ahora prolifera la violencia, el narcotráfico, la drogadicción, el alcoholismo, las violaciones, los asaltos, las ejecuciones, el sida, el maltrato familiar y el lavado de dinero. Los males de la ciudad han sido clonados para desgracia de regiones que antes se mantenían al margen de la decadencia urbana. Los campesinos le han cogido alergia a la tierra, al extremo de que en muchos campos la gente sale al mercado a comprar yuca, tomates y huevos de yema blanca.

Ortega es un convencido de que mientras no se promueva la cultura y la educación, los pueblos seguirán perdiendo su identidad. El Instituto Nacional de Cultura (INAC) debe funcionar como un ministerio, no para engordar más la burocracia, sino para hacer un trabajo real de recuperación del patrimonio histórico.

El profesor Heraclio Quiroz George, historiador y director del Colegio Santo Domingo de Penonomé, admitió con pesar que muchas casas particulares han sido vendidas a extranjeros (ciudadanos indostanes, chinos, libaneses, turcos, árabes) para construir centros comerciales. "La ciudad ha crecido y progresado mucho, pero no se está respetando el legado de la arquitectura colonial. El pasado se destruye y nadie hace nada", explica.

El desarrollo de Penonomé es producto del esfuerzo conjunto de los nativos del pueblo y de extranjeros que llegaron en busca de un lugar pacífico y seguro. En 1897 llegaron a Penonomé los españoles Damián, Ciprián, Edilberto y Jaime Carles, comerciantes que se ubicaron en la Calle San Antonio. El venezolano Tomás Monasterios, casado con Martina Quiroz, construyó magníficas obras nacionales como la Gobernación, la Policía, el matadero, el mercado, y bellas y acogedoras residencias particulares.

Quiroz, de 87 años, recuerda que en las casas adosadas, con un estilo colonial que embellecía la concurrida plaza central, había grandes y pequeñas tiendas bien surtidas, donde resaltaban las diferentes secciones, con reparto de mostradores, frente a armarios con líneas de comestibles, farmacia; elegantes vitrinas con artículos pequeños en general, fantasía, perfumería, cremas "para mí" para poner el pelo más cholo, vajillas, zapatos, zapatillas, chinelas, sedas, alpargatas, dulcería, fonda y materiales de construcción. Hoy el comercio se concentra en la Avenida Central o Juan Demóstenes Arosemena; convertida en una sucursal de Calidonia, con las aceras repletas de buhoneros, mesas de ofertas y una música altisonante enloquecedora.

Otro fenómeno que se ha dado es que las grandes cadenas de supermercados se han tragado a las tiendecitas y pequeñas empresas, como el pez grande se come al más chico. Los lugares públicos

Choque generacional

El profesor Julio Ortega Ruiz, secretario de la Fundación de Cultura de Antón, opina que actualmente hay un choque cultural porque las nuevas generaciones con-

sideran que el modernismo y la tecnología significa destruir las cosas antiguas y las raíces que forman la identidad de los pueblos.

En los tiempos de la base militar estadounidense de

Río Hato, en Antón, había residencias arregladas para que funcionaran como pensiones, con una arquitectura clásica y un mobiliario de lujo, de incomparable valor histórico. Estas residencias